19

INFORME ESPAÑA 2012

una interpretación de su realidad social

Fundación Encuentro

© Fundación Encuentro CECS

Edita: **Fundación Encuentro**
Oquendo, 23
28006 Madrid
Tel. 91 562 44 58 - Fax 91 562 74 69
correo@fund-encuentro.org
www.fund-encuentro.org

ISBN: 978-84-89019-39-3
ISSN: 1137-6228
Depósito Legal: M-39343-2012

Fotocomposición e Impresión: Albadalejo, S.L.
Antonio Alonso Martín, s/n - Nave 10
28860 Paracuellos del Jarama (Madrid)

Convenio de colaboración
23 de marzo de 2011

VNiVERSiDAD D SALAMANCA
CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL

Gracias a las entidades que nos patrocinan –Fundación Ramón Areces, Fundación Mapfre y Securitas España– la Fundación Encuentro dirige el Centro de Estudios del Cambio Social (CECS), que elabora este Informe. En él ofrecemos una interpretación global y comprensiva de la realidad social española, de las tendencias y procesos más relevantes y significativos del cambio.
El Informe quiere contribuir a la formación de la autoconciencia colectiva, ser un punto de referencia para el debate público que ayude a compartir los principios básicos de los intereses generales.

FUNDACION RAMON ARECES

fundación MAPFRE

SECURITAS

Equipo de dirección y edición

José María Martín Patino, Presidente • **Agustín Blanco**, Director General • **Antonio Chueca**, responsable del Departamento de Datos • **Giovanna Bombardieri**, Secretaria • **Teresa Herreros** • **Beatriz Manzanero**

Participan en este Informe:

Consideraciones Generales. **Joan Subirats**, Universidad Autónoma de Barcelona. • *Parte Segunda*. **Alberto Gómez Font**, Instituto Cervantes • *Capítulo I*. **César Camisón**, Universidad de Valencia. Colaboran: **Juan José de Lucio**, Servicio de Estudios del Consejo Superior de Cámaras de Comercio y **María Isabel Martínez**, Abay Analistas. • *Capítulo II*. **Xavier Martínez Celorrio** y **Antoni Marín Saldo**, Universidad de Barcelona. Colaboran: **Alejandro Tiana**, UNED y **Leire Salazar**, UNED • *Capítulo III*. **Ana Rico y Emma Blakey**, Instituto de Salud Carlos III • *Capítulo IV*. **Agustín Blanco,** Fundación Encuentro. Colaboran: **Antonio Chueca, Beatriz Manzanero** y **Teresa Herreros,** Fundación Encuentro • *Capítulo V*. **Andrés Monzón**, TRANSyT-Centro de Investigación del Transporte (UPM). Colabora: **Andrea Alonso**, TRANSyT-Centro de Investigación del Transporte (UPM).

Y las siguientes Instituciones: Instituto Nacional de Estadística • Consejo Superior de Cámaras de Comercio de España

ÍNDICE

PARTE SEGUNDA: LA CORRUPCIÓN DEL LENGUAJE PÚBLICO

1. Introducción 3
2. Lenguaje para la paz, lenguaje para la guerra: la responsabilidad de los medios de comunicación 6
3. Eufemismos: la realidad enmascarada 15
4. Lenguaje, ideología y racismo 18
5. De la intolerancia al insulto, el sexismo y el lenguaje basura 28

Parte Segunda

LA CORRUPCIÓN DEL LENGUAJE PÚBLICO

Alberto Gómez Font

1. Introducción

No se nos escapa que el lenguaje ha sido –y es– un elemento motor para el desarrollo y entendimiento de los pueblos y para el fomento de las relaciones humanas. También es sabido que no se trata de un elemento inerte, sino que se renueva día a día, crece y cambia nutriéndose de su propia sustancia.

Las palabras, en tanto que expresión del pensamiento y elementos que configuran el lenguaje, no son en sí ni buenas ni malas, ni sabias ni necias, ni sublimes ni infames. Son sólo palabras, pero del mismo modo que nos servimos de ellas para expresar lo bello, lo digno, lo sublime o lo cotidiano, su empleo malintencionado y tendencioso puede mudar su carácter neutral y convertirlas en herramientas para la deshonra, para manchar un buen nombre, para insultar, para mentir, para engañar, para camuflar la verdad, para edulcorar significados afrentosos, para menospreciar la dignidad de las personas... El lenguaje puede ser fácilmente maleable, acomodaticio o condescendiente según quien lo use y, sobre todo, según sea la intención del usuario. El propósito determina el resultado y éste puede devenir en algo noble o en algo indigno, en algo elevado o en ignominia, afrenta y deshonra. Cuando eso ocurre es que el lenguaje se ha corrompido ética y socialmente.

Las palabras nos permiten decir lo que sentimos y pensamos, son nuestras y con ellas construimos nuestro modo de expresarnos.

Las circunstancias son un factor que determina el uso del lenguaje y no siempre resulta fácil que la intención del hablante y la percepción del oyente respondan a una misma correlación de intereses. Los elementos de este binomio hablante-oyente pueden responder a criterios disímiles, desemejantes, lo que puede dar lugar a interpretaciones equívocas según las diferencias entre uno y otro sean mayores o menores. Pero estas situaciones forman parte del concierto lingüístico interpersonal e intersocial, es decir, no necesariamente se le han de atribuir intenciones inicuas. En tales contextos puede haber corrupción no intencionada e incluso corrupción gramatical que afecte por extravío o inexactitud a alguna de las partes, pero no es a esa corrupción a la que vamos a referirnos en las páginas que siguen.

Todos, en mayor o menor medida, empleamos el lenguaje conforme a nuestra propia conveniencia. La política, la economía, la religión, los medios de comunicación, las organizaciones sociales y empresariales adecuan su idiolecto y su jerga a los intereses a los que sirven, pero cuando se traspasa la línea roja y se cae en el uso pernicioso del lenguaje, se distorsiona la realidad o se miente para conseguir según qué utilidades, se entra de lleno en una práctica que se debería desterrar: la de la corrupción del lenguaje.

El lenguaje puede corromperse desde el punto de vista lingüístico –aspecto que en este trabajo se mencionará, pero en el que no se profundizará–

y desde el punto de vista ético y social, que será la esencia de lo que aquí se trate.

Las personas con influencia en la sociedad, ya sean políticos, intelectuales o gente del mundo de la comunicación y del espectáculo, pueden manejar –y manejan con cierta frecuencia– el lenguaje de forma que éste influya sobre el resto de los hablantes y no siempre con consecuencias positivas. Pueden hacer que expresiones que en circunstancias normales son consideradas insultos parezcan inofensivas o que nos acostumbremos a llamar a las cosas con nombres que ocultan la realidad y engañan a los que los leen o a los que escuchan.

Es en ese momento cuando el lenguaje comienza a corromperse, a dejar de ser un medio limpio para convertirse en un arma ofensiva en manos de gente sin escrúpulos y sin ningún reparo en dejar de lado los valores en los que se basa la convivencia.

A lo largo de la historia hemos visto cómo determinados regímenes y algunos gobernantes han usado el lenguaje para crear imágenes distorsionadas de aquello que les interesaba para sus fines. El lenguaje ha sido –y sigue siendo– muy importante en las guerras y en todos los conflictos sociales que enfrentan a partes manejadas, precisamente, porque se les hace ver la realidad deformada. El lenguaje manipulado ha actuado como espoleta en muchas partes del mundo para incitar a la violencia, al odio, al racismo, a la xenofobia, al genocidio. A título de ejemplo, ahí están los aciagos acontecimientos de la guerra de los Balcanes o las terribles matanzas que tuvieron lugar en Ruanda en 1994.

El sociólogo estadounidense James Petras, conocido por sus estudios sobre el imperialismo, la lucha de clases y los conflictos latinoamericanos, considera que "los grandes crímenes contra la mayor parte de la humanidad se justifican mediante una corrupción corrosiva del lenguaje y el pensamiento, una deliberada maquinación de eufemismos, falsedades y engaños conceptuales"[1].

De una u otra manera, en una sociedad en la que las ambiciones políticas y económicas priman por encima de cualquier otra consideración, las partes en juego intentan desvalijar el lenguaje para apropiarse de la parte del botín que mejor conviene a sus intereses. En esa rapiña no importa cercenar los verdaderos matices del lenguaje ni adulterar su significado si con ello se alcanza el fin que se persigue, un fin por lo general bastardo que socava y empobrece el auténtico sentido de las palabras como sujetos de comunicación y entendimiento entre las personas.

---

[1] Conferencia dictada en el Encuentro Nacional de Arte y Poesía por la Paz de Colombia. Medellín (Colombia), 3 de junio de 2007.

En la cultura, la ciencia y el arte siempre ha habido voces que se han levantado contra el uso pernicioso y artero del lenguaje. En marzo de 2006, el diario *El País* publicó en la sección de cultura un artículo en el que cinco estudiosos, cuyas herramientas son las palabras, muestran su rechazo al saqueo al que es sometido el lenguaje en la política y en la información[2]. Juan Antonio González Iglesias, profesor de Filología Latina en la Universidad de Salamanca, considera que el lenguaje es fundamental en la vida política y que por esa misma razón está "obligado a ser riguroso y respetuoso". En el mismo artículo, el escritor y profesor de literatura Luis Landero dice que existe un extenso repertorio de sustantivos y adjetivos que han sido hurtados al idioma para dar origen a "un campo semántico donde las palabras se relacionan y suelen emparentar de manera inadecuada" y añade que la perversión del lenguaje "puede matar". Por su parte, el filósofo Eugenio Trías rechaza a los que hacen uso de una retórica llena de agravios, un hecho que atribuye a una "falta de cultura y a una utilización banal de términos que tienen un sentido preciso en su contexto, pero que fuera de él lo único que denota son carencias culturales y de educación básicas". Claudio Guillén, escritor y académico, reflexiona sobre el deterioro de los conceptos fundamentales que está teniendo lugar en estos tiempos. "Es lo que un chulo llamaba la poligamia de las palabras –dice–. Chulería que se explaya en el debate de los partidos políticos". A la escritora y también académica Ana María Matute, el progresivo deterioro a que está sometido el lenguaje le causa "tristeza" porque muestra "la poca importancia que se da al uso de las palabras".

Esas palabras a las que se refiere la autora de *Olvidado Rey Gudú* están en un claro desamparo y a merced de los depredadores del lenguaje, de los que intoxican, desnaturalizan o se sirven de él para revestirlo de sentidos equívocos, cuando no de rudeza y violencia, con objeto de subvertir conciencias y encaminarlas por infames senderos de vileza. Las páginas de la historia están llenas de ejemplos, muchos de ellos demasiado cercanos en el tiempo.

El aislamiento del diálogo y la prevalencia de la polémica sobre la racionalidad del discurso llevan indefectiblemente a la corrupción del lenguaje público. Cuando eso ocurre, el respeto que se debe a las personas y a las instituciones queda en un segundo plano, solapado por la intemperancia nacida de las palabras empleadas con sentido inconveniente.

Da la sensación de que en nuestro país, de un tiempo acá, se ha instalado una especie de incontinencia verbal que afecta a todos los niveles de lo público. Puede que se trate de un fenómeno pasajero e incluso de nuestra particular manera de entender la política. Puede. Pero si no es así, si arraiga y el fenómeno persiste, estaremos haciendo un flaco favor a la democracia.

---

[2] Manrique, W., "La crispación destroza el lenguaje", en *El País*, 27 de marzo de 2006.

La radicalización de los partidos, la gravísima crisis económica y la consiguiente desconfianza hacia los bancos y los mercados son el origen de una lucha dialéctica cruel y despiadada que deforma el lenguaje y lo corrompe hasta límites insospechados hace apenas dos o tres años. Ésa es la realidad actual y ante esa situación hay que reaccionar. Para ello, lo mejor es analizar la situación y después buscar posibles soluciones.

Un ejemplo cercano: la actuación de la Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional en el asunto de salvaguarda de la solvencia del sistema bancario y financiero de España. Sin entrar a valorar quiénes tienen razón y quiénes no, lo cierto es que en los medios de comunicación se ha desatado una tormenta mediática propiciada precisamente por la intervención de los responsables políticos, incapaces de usar un mismo lenguaje para referirse a un mismo problema. Lo que para unos es un préstamo a la banca, para otros es un rescate; unos se empeñan en dulcificar la realidad, mientras otros cargan las tintas; algunos lo consideran una actuación concreta para un problema concreto y otros lo entienden como el prolegómeno para una intervención completa del país. En suma, la actuación de los portavoces y la discrepancia terminológica están enrareciendo la situación política, ya de por sí bastante grave, pero no irreversible, si los esfuerzos se aúnan y prima el lenguaje de la razón sobre el de las diferencias partidistas.

2. Lenguaje para la paz, lenguaje para la guerra: la responsabilidad de los medios de comunicación

He aquí dos conceptos, *lenguaje* y *paz*, que no siempre se encuentran en el mismo lado sino que, con más frecuencia de la deseada, transitan por campos enfrentados. Según el *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE)[3], *lenguaje* es el "conjunto de sonidos articulados con que el hombre manifiesta lo que piensa o siente" y también el "estilo y modo de hablar y escribir de cada persona en particular".

La *paz*, según el mismo diccionario, es la "situación y relación mutua de quienes no están en guerra"; la "pública tranquilidad y quietud de los Estados, en contraposición a la guerra o a la turbulencia"; el "tratado o convenio que se concuerda entre los gobernantes para poner fin a una guerra"; el "sosiego y buena correspondencia de unos con otros, especialmente en las familias, en contraposición a las disensiones, riñas y pleitos"; la "reconciliación, vuelta a la amistad o a la concordia", y la "virtud que pone en el ánimo tranquilidad y sosiego, opuestos a la turbación y las pasiones".

---

[3] Real Academia Española (1992): *Diccionario de la Lengua Española*, vigésima primera edición, Madrid.

Sebastián de Covarrubias Orozco, en su *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*[4], publicado en 1611, dice que la paz es "el lugar común en el cual los oradores se extienden contando los bienes que se siguen della y los males de la guerra su contraria".

El *Diccionario Enciclopédico Espasa*, además de las definiciones que da la Academia, incluye una bonita y simple explicación de lo que es la paz: "Ajuste o convenio que se concuerda entre los príncipes para dar la quietud a sus pueblos, especialmente después de las guerras" y añade que "considerando la paz con relación a la vida del Estado, consiste en la *quietud o sosiego del cuerpo social procedente de la falta de conturbación*" [el subrayado es nuestro].

Herodoto dice de la paz: "De todo tiene la culpa el dios de los griegos, que me alucinó con esperanzas halagüeñas; porque, ¿quién hay tan necio que prefiera sin motivo la guerra a las dulzuras de la paz? En ésta, los hijos dan sepultura a sus padres, y en aquélla son los padres quienes la dan a sus hijos"[5].

Pero volvamos a las definiciones del *Diccionario de la Real Academia Española* y escojamos algunas de ellas:

— **Lenguaje**. Conjunto de sonidos articulados con que el hombre manifiesta lo que piensa o siente.

— **Paz**. Reconciliación, vuelta a la amistad o a la concordia y virtud que pone en el ánimo tranquilidad y sosiego, opuestos a la turbación y las pasiones.

A partir de estas dos entradas elaboremos nuestra propia definición de lo que consideramos que debe ser el *lenguaje para la paz*:

— **Lenguaje para la paz**. Conjunto de sonidos articulados con los que las personas manifiestan sus sentimientos de concordia, de sosiego y de tranquilidad, opuestos a la turbación y las pasiones.

Podríamos considerar que la turbación y las pasiones aludidas tienen *lógica* en momentos de guerra, pero no deberían tener cabida en tiempos de paz.

Durante estos últimos, muchos periodistas se imponen la obligación de ser neutrales y objetivos, obligación que en tiempos de guerra pudieron considerar secundaria, pero con la paz quieren volver a ser ecuánimes, para lo cual tratan de no emitir juicios y de esquivar los adjetivos y los adverbios comprometidos, pero tienen enajenada la palabra. No sólo ellos, también los ciudadanos y los políticos. El lenguaje en los medios de comunicación

---

[4] Impreso en Madrid por Luis Sánchez, impresor del rey Felipe III.

[5] Herodoto (1989): *Los nueve libros de la historia*. Madrid: Editorial Edaf.

está repleto de nociones adulteradas que tienden a edulcorar la realidad, a abrillantarla y a favorecer los intereses más diversos. En esta suplantación nadie es inocente, todos los poderes de la sociedad están involucrados en ella.

Los libros de estilo de las agencias de información y de los diarios, así como los manuales de redacción periodística de cadenas de radio y televisión, se ocupan de subrayar cómo deben redactarse los diferentes textos. Así, para el tipo de texto denominado *información* o *noticia* se establece que deben comunicarse hechos, no ideas, razón por la que los redactores tendrán que actuar con diligencia y ser cuidadosos en la utilización de calificativos y huir de ellos en las informaciones. La objetividad obliga a emplear la adjetivación con sumo tacto, ya que mediante ella podrían hacerse patentes los puntos de vista particulares de los redactores. No se trata de limitar el empleo de los adjetivos, sino de supeditarlos a las necesidades de una información en la que la subjetividad ha de estar permanentemente controlada.

El periodista debería, pues, limitarse en estos textos informativos a transmitir hechos y abstenerse de manifestar sus ideas personales sobre los hechos. El tono general de la escritura será la neutralidad. De ahí la recomendación de evitar el uso de palabras valorativas, ya que tales palabras refieren a la vez un hecho y un juicio de valor.

Así tendría que ser, pero la realidad es otra.

Aunque las recomendaciones de los manuales de estilo sean válidas, hemos de admitir que la pretensión de dar a conocer los hechos sin ninguna carga valorativa es poco menos que utópico, puesto que la mera selección de las informaciones que se van a publicar y la importancia que se les dé –número de palabras del texto, centímetros cuadrados que ocupa, tiempo de emisión, etc.– son de por sí criterios de valoración. Es inevitable. La simple descripción que cada día hacemos de los hechos que conforman nuestro entorno inmediato está colmada de apreciaciones de las que no siempre es fácil desgajar los componentes subjetivos. El empleo de términos como *robo, malversación*, *tortura, fraude, acoso, violación, secuestro, violencia, allanamiento* y muchas otras nos hace considerar de manera negativa esos casos. Todas las palabras que están relacionadas con acciones humanas tienen connotaciones y hay que usarlas como palabras normales. Si huimos de ese empleo *normal*, porque entendemos que tienen una carga peyorativa y recurrimos a los eufemismos –de los que hablaremos más tarde–, estaremos corrompiendo el lenguaje y engañando a los receptores del mensaje, porque lo que les hacemos llegar es la verdad falseada.

Quien se considere totalmente neutral se miente a sí mismo y a los demás. No existe la neutralidad absoluta; eso es una quimera, un espejismo. Es imposible sustraerse a valorar los hechos que conocemos, siquiera íntimamente, ni permanecer ajenos a lo que de negativo o positivo tiene el mun-

do que nos rodea; ni se puede ni se debe. Ésa es –o debería ser– una de las responsabilidades de los medios de comunicación y de los gobernantes: ser objetivos para lo bueno y para lo malo, algo ciertamente difícil, pero aun así es menester empeñarse en conseguir la mayor objetividad posible en las informaciones que se hacen llegar a los ciudadanos. Bien es cierto que nadie puede despojarse de su subjetividad, porque es imposible limitar la libertad de pensamiento, pero la responsabilidad de los medios de comunicación –y de los poderes públicos– es tratar los hechos con rectitud de intenciones y nunca deformarlos ni mostrarlos de manera tendenciosa.

No cabe duda de que el lenguaje tiene una dimensión ética, pero existen múltiples formas de lesionar el derecho que tiene el receptor a recibir una información veraz, sin sesgos mendaces ni ocultaciones ni encubrimientos bastardeados de la realidad.

La prensa es capaz de crear realidades y de sustantivar lo inexistente. En ello reside su fuerza y su poder. Basta que algo aparezca en un periódico, en una emisora de radio o en la televisión para que ese algo cobre realidad, aunque no exista, aunque sea una patraña. Las hemerotecas están llenas de ejemplos.

El genocidio que tiñó de sangre Ruanda en 1994 es un vivo ejemplo del papel de instigadores desempeñado por los medios de comunicación. Determinados periódicos y emisoras de radio pusieron en marcha una campaña de propaganda que alimentó e hizo crecer el odio de la mayoría hutu hacia la minoría tutsi. Las milicias hutus, las llamadas *Interahamwe*[6], fueron entrenadas entre arengas y discursos para que se enfrentasen a los tutsis. De estos mensajes de ánimo y proclamas belicistas se encargó la Radio Televisión Libre de las Mil Colinas (RTLM), en manos de las facciones hutus más extremistas. En sus mensajes, la RTLM hacía hincapié en las diferencias que separaban a ambos grupos tribales –ahora los denominan *grupos étnicos*– y llamaban al enfrentamiento. A medida que el conflicto crecía, los llamamientos a la "caza del tutsi" por parte de la emisora se hicieron más y más violentos. En abril, se difundió que los tutsis planeaban exterminar a los hutus. Los resultados son de sobra conocidos: el ochenta por ciento de la población tutsi fue exterminada.

La ONG Reporteros sin Fronteras publicó un estudio, titulado *Ruanda: los medios de comunicación del odio o la prensa democrática*, en el que se analiza cómo la propaganda de periódicos y emisoras de radio lograron crear un clima de odio indescriptible mediante mensajes violentos y calumniosos y noticias falsas que engendraron en los hutus la necesidad de buscar una solución final, como en su día hicieron los nazis.

En la antigua Yugoslavia, durante la guerra entre bosnios, serbios y croatas, tenemos otro triste ejemplo de la influencia de los medios de comu-

---

[6] *Interahamwe* significa "golpeemos juntos".

nicación en los enfrentamientos entre los pueblos. No es aventurado ni desproporcionado decir que la guerra de los Balcanes no habría existido si los distintos dirigentes nacionalistas no hubiesen contado con el apoyo de los medios de comunicación como vehículos de propagación del fanatismo y la intransigencia.

Un ligero repaso al lenguaje empleado por la Radio Televisión Serbia nos dará una idea de la intención propagandista empleada en los distintos medios. Para éstos, los serbios estaban *luchando por la libertad*, *defendiendo*, *salvaguardando* y *protegiendo* su *solar patrio* de los musulmanes, que pretendían obligar al pueblo serbio a formar parte de un Estado islámico. También *se defendían* de los croatas, que buscaban la unión de Bosnia con Croacia y cuyo sentimiento *fascista antiserbio* era más que conocido. El catálogo de términos usados por los periodistas de la Radio Televisión Serbia para referirse, por ejemplo, a los enemigos bosnios eran muy variados: *malhechores, degolladores, muyahidín*[7]*, guerreros del Yihad*[8]*, comandos* o *grupos terroristas*, *extremistas musulmanes*, *hordas lascivas*, *integristas*[9] *islámicos*...

Las páginas de los periódicos serbios estaban llenas de informaciones que aludían a la barbarie del enemigo y a su afán de destruir Serbia: "Las fuerzas croatas y musulmanas quieren destruir todo lo serbio en Herzegovina. El terror, el odio fanático y el genocidio físico y espiritual contra los serbios en Herzegovina son las bases de su esfuerzo político y militar y de su permanente agresión contra los territorios serbios". Lenguaje para la guerra.

El lado serbio nunca *atacaba*, sólo *respondía a las provocaciones del enemigo*, a los *asaltos, crímenes* y *genocidio*. Al principio las fuerzas serbias eran *defensores desarmados de las tierras seculares*; después se quedaron en *defensores*, palabra que se simultaneaba con *liberadores* de ciudades y territorios. Los editoriales de los periódicos hablaban de los serbios como *luchadores por la libertad y la autodeterminación*; afirmaban que se encontraban en *un momento crucial en la historia* de su nación y denunciaban la *histérica* y *metódica* campaña de los medios de comunicación extranjeros para *satanizar* a Serbia y a Slobodan Milosevic. Más palabras para la guerra.

El proceso de corrupción del lenguaje fue más allá en la guerra de los Balcanes. Cuando la guerra ya parecía imparable, la prensa croata, en un alarde de pernicioso nacionalismo, eliminó de sus informaciones toda palabra que tuviese un origen serbio, aun cuando fuese de uso común en su lengua.

---

[7] *Muyahidín* es el plural de la voz árabe *muyahid*, que significa "el que hace la guerra santa".

[8] *Yihad* es una palabra árabe que puede traducirse por "guerra santa". De ella se derivan *muyahid* y *muyahidín*.

[9] La voz inglesa *fundamentalist* se debe traducir siempre por *integrista*.

Fue un ejercicio de *limpieza lingüística* que muestra hasta qué extremos de irracionalidad puede llegar el odio y cómo el lenguaje, corrompido, puede convertirse en un arma más en tiempos de convulsión. Cuando los medios de comunicación de Croacia hablaban de los serbios no sólo se referían a los militares, a las tropas, sino a todo el pueblo serbio, convertido así en enemigo por la fuerza del lenguaje manipulado.

Vayamos a otro escenario bélico. Durante el largo y triste enfrentamiento entre palestinos e israelíes, el lenguaje ha sido siempre parte del arsenal de ambos bandos como un arma más. Para los israelíes, los palestinos son simples *terroristas*. Incluso Yaser Arafat, el líder de la OLP y defensor de los derechos del pueblo palestino, fue tildado siempre de *terrorista* por la prensa israelí. La palabra *árabe* es considerada por los gobernantes israelíes como sinónimo de *malo* y todo árabe es, por definición, *enemigo del pueblo judío*. Cuando Israel bombardea el sur del Líbano se justifica aludiendo a unos supuestos *derechos de autodefensa* y *de réplica* para defenderse del *terrorismo*. Para los palestinos, el ejército israelí es el *ejército de ocupación* y el Estado de Israel es el *Estado sionista*.

Otro ejemplo. La histórica e injusta concentración de tierras en Guatemala en poder de unos pocos terratenientes ha dado lugar a varias ocupaciones de fincas por parte del campesinado pobre. El tratamiento de los hechos por los medios de comunicación de Guatemala fue dispar según la procedencia de las informaciones, la línea editorial del medio y los intereses a los que los medios servían. Unos los consideraron *invasores* y *delincuentes;* para otros, sin embargo, eran sólo *ocupantes* o *campesinos*. Como siempre ocurre en este tipo de hechos, los adjetivos aplicados crearon categorías distintas según procedieran de uno u otro bando en litigio: *ocupantes* ↔ *ocupación*; *invasores* ↔ *invasión*.

La quinta acepción que el DRAE registra para *ocupación* es la siguiente: "Modo natural y originario de adquirir la propiedad de ciertas cosas que carecen de dueño". Sin embargo, para *invasión*, el diccionario académico recoge: "Acción y efecto de invadir". Si buscamos *invadir* encontramos seis acepciones. Nos quedamos con las dos primeras: "Irrumpir, entrar por la fuerza"; "Ocupar anormal o irregularmente un lugar". La diferencia entre *ocupación* e *invasión* es evidente: un mismo hecho, distintas significaciones. Una vez más, el lenguaje altera la percepción del mensaje según la fuente de la que proceda.

Los medios de comunicación pueden hacer muchas cosas por la posibilidad de que disponen de ir más allá de su papel de informadores: pueden mostrar cosas ocultas y hacerlas públicas, un ejercicio que puede tener un carácter higiénico y de saneamiento de la sociedad; confieren categoría a los movimientos sociales y a las ideas y los comportamientos; tienen capacidad para emprender acciones sociales; pueden contribuir a la resolución de las crisis que afronta la sociedad, porque tienen más potencia que el ciudadano

anónimo, etc., etc. Todo ello es posible, pero debe hacerse con la correcta administración del poder que les confieren las palabras.

Estas palabras, en tiempos de paz, deberían servir de puntales para que ésta se afiance en la sociedad por medio de aquéllas, porque las palabras tendrían que ser el único instrumento con el que las personas deberíamos solucionar nuestras desavenencias.

La guerra, en cambio, mata la verdad, su primera víctima, y la mata por medio de las palabras, palabras adulteradas, engañosas, viles tantas veces.

El término *desinformación* es relativamente moderno, pero su práctica, entendida como difusión de noticias falsas para crear confusión, es mucho más antigua, tanto como la historia de la humanidad.

A medida que la palabra *desinformación* comenzó a ser de uso universal, su significado y su ámbito se ampliaron también. Y así se incluyeron no sólo las noticias falsas, sino también las falaces y deformadas, incluso el propio silencio –en realidad, censura– impuesto a determinadas informaciones. Según el DRAE, *desinformar* es "dar información intencionadamente manipulada al servicio de ciertos fines" o "dar información insuficiente u omitirla".

Cuando se cae en el silencio informativo, la intencionalidad, el error de las fuentes consultadas, el incumplimiento de las normas deontológicas, el enmascaramiento de las palabras o su empleo inapropiado, la parcialidad o cualquier otra razón que no se ajuste al derecho de los ciudadanos a ser verazmente informados, se estará desinformando, se estará corrompiendo el lenguaje. La información ha de ser cierta e imparcial y el periodista está obligado a desempeñar su oficio con honradez. Pero la realidad es que con más frecuencia de la deseada el mensaje que nos llega es falso, erróneo, incompleto, parcial, no contrastado, de verdades a medias, de estereotipos, precipitado, con un lenguaje no codificado y neutro, con palabras incorrectas, confuso, inexacto, inflado, de conjeturas, simulado, filtrado... Para comprobarlo basta con comparar una misma información dada por distintos medios de comunicación de diversa concepción ideológica, doctrinal o mercantil.

Los periodistas, los informadores de cualquier medio de comunicación, son difusores y propiciadores de los usos lingüísticos, usos que no han de considerarse siempre con prevención, como si representaran exclusivamente lo erróneo, lo inculto o lo pedante. El profesor Manuel Seco[10] dice: "En todo uso que el periodista hace del idioma está ejerciendo de maestro". Es así, y por ello los periodistas tienen la responsabilidad de usar bien el idioma para contribuir a que el sistema común, el español, sirva mejor a todos los hablantes; pero son muchos, y no sólo en el ámbito de nuestra lengua, los que no cumplen con ese deber, los que proceden de manera inconsciente para infligir

[10] Manuel Seco Serrano es miembro de la Real Academia Española.

lesiones al idioma y no utilizan la facilidad puesta a su alcance para mantenerlo como instrumento de comunicación de la humanidad.

Para quienes trabajan como profesionales de la información y de la comunicación, el lenguaje es el instrumento que conforma su tarea diaria. Por esa razón, deben conocer su lengua tanto como puedan. Ante la enorme influencia que ejercen los medios, los periodistas deben ser conscientes de su responsabilidad y del poder que tienen las palabras que emplean para sus informaciones. Fernando Lázaro Carreter escribió[11]: "El idioma es el instrumento con el que trabaja el periodista y éste debe preocuparse de tenerlo siempre a punto. Ha de ser consciente de su responsabilidad social al emplearlo. No siempre lo mejor es lo primero que acude a la pluma. La rapidez con que un periodista debe escribir no es excusa para hacerlo descuidadamente. Una vez escrita una noticia hay que releerla y reflexionar sobre las palabras y los giros sintácticos empleados. No es buena la actitud de algunos periodistas que escriben con absoluta despreocupación sin preguntarse jamás si será razonable su manera de escribir, pues en esos casos es el lector quien debe suplir la información defectuosa que se le sirve y, si no puede suplirla, malentiende o entiende a medias".

Después de todas estas reflexiones podemos empezar a concretar cómo debe ser un "lenguaje para la paz" o "en la paz": si en épocas de guerra nos hemos alejado del sosiego y de la concordia para sumirnos de lleno en los odios, los rencores y las pasiones irracionales, la consecuencia lógica es que nuestro lenguaje está impregnado de esos sentimientos y lo último en lo que se piensa es en si ese lenguaje es más o menos correcto según la norma léxica y gramatical; en esos períodos de crispación social hay cosas que parecen más importantes. Pero llegados los tiempos de paz, de tranquilidad, los periodistas tienen el tiempo necesario para dedicarse a escribir relajadamente, sin violencia, y ése es el camino que los llevará directamente a escribir bien, no sólo desde el punto de vista de la necesaria objetividad, sino también desde la necesaria corrección gramatical.

En 1939, recién terminada la incivil guerra española, Alejandro de Roda Verdejo publicaba en Barcelona un curioso libro titulado *La Pureza del Idioma*[12]. Un fragmento de su prólogo va a servirnos como colofón de este intento de búsqueda de un lenguaje para la paz: "[...] desconociendo e ignorando las sabias leyes gramaticales, ni los extranjeros ni los propios españoles, y por consiguiente ni el escritor, ni el que corrige pruebas de periódicos o de libros, no harán, no hacen otra cosa, sino infringir las citadas e importantes leyes de la gramática, e incurrir en barbarismos repugnantes, que tanto afean

---

[11] Fernando Lázaro Carreter, (Zaragoza, 1923-Madrid, 2004), filólogo y lingüista, es una de las figuras más destacadas de la filología española contemporánea. Fue director de la Real Academia Española entre 1992 y 1998.

[12] Roda Verdejo, A. de (1939): *La Pureza del Idioma*. Barcelona: Tip. Mallorca.

la conversación y el discurso y más aún los periódicos y libros mal corregidos; en alguno de los cuales se falta arbitrariamente a las referidas y sabias leyes de la clasificación de las palabras, y mermando la pureza y esplendor de nuestro idioma, lo empobrecen y atosigan. Pero semejante anomalía dura afortunadamente momentos no más, porque ocurre, acaece, sucede, así como cuando el sol aparece a nuestra vista oscurecido o cubierto por feísimos nubarrones y después lo contemplamos majestuoso, dándonos calor y vida, iluminando con sus esplendorosos rayos las regiones de la tierra; así también, de idéntica manera, la lengua española, la hermosa y rica lengua española, aunque aparece (debido a esos periódicos y libros mal corregidos, bien que en poco número) empobrecida y atosigada, yérguese rápida, súbitamente, mostrando como siempre, ante el mundo entero, el inmenso caudal de sus vocablos, y su admirable esplendor y singular belleza".

La guerra ha creado su propio estilo de comunicación, una jerga corrompida en la que los giros y términos eufemísticos representan un papel destacado como hijos bastardos del lenguaje, compañeros inseparables de la desinformación, tramposos colaboradores de la manipulación y de las expresiones intencionadamente manoseadas con el único fin de enmascarar la realidad y presentarla de un modo distinto conforme a los intereses de cada parte. Veamos algunos casos.

Durante la guerra de Yugoslavia, los periódicos hablaban de *limpieza étnica* y no de *genocidio*; de *incursiones aéreas* y no de *bombardeos*; de *ejecuciones* de rehenes y no de *asesinatos*; de *acción armada* y no de *atentado*.

En la guerra del Vietnam podíamos leer titulares que decían: "50 norteamericanos *muertos* y 200 vietcongs *exterminados*". Los *vietcongs* eran exterminados y los norteamericanos morían.

En la guerra del Golfo, los diarios titulaban, por ejemplo, que los aviones estadounidenses habían efectuado *70 salidas*. Salidas, ¿a qué?

La guerra, como decimos, ha impuesto un lenguaje para enmascarar las situaciones de modo que las palabras *fuertes* suenen más *suaves* y evitar de este modo que la gente se escandalice y se asuste. Así, se habla de *efectos colaterales* cuando las acciones bélicas se ceban en la población civil; el *fuego amigo* no es otra cosa que los disparos o el bombardeo de un bando contra sus propias tropas o contra tropas aliadas; el *teatro de operaciones* es el campo de batalla; un *ataque preventivo* es un ataque por sorpresa; y la *guerra asimétrica* es aquella en la que hay una gran desproporción entre el poder militar de los bandos enfrentados.

En mayor o menor medida, todos, desgraciadamente, nos hemos acostumbrado a esta terminología en cuya difusión hay una gran responsabilidad por parte de los medios de comunicación.

Llegados aquí, me permito repetir la definición del "lenguaje para la paz" que, a mi entender, debería aparecer en los diccionarios: "Conjunto de

sonidos articulados con el que las personas manifiestan sus sentimientos de concordia, de sosiego y de tranquilidad, opuestos a la turbación y las pasiones". Porque la paz es algo más que la ausencia de guerra.

3. Eufemismos: la realidad enmascarada

En las páginas precedentes hemos visto como los eufemismos se convierten en un arma más en las situaciones de guerra. No obstante, el empleo de estas formas de expresión no es privativo de las situaciones de guerra, aunque sea en éstas donde se revelan con mayor crudeza, sino que se extiende a las más variadas facetas de las relaciones humanas.

Según el diccionario académico, un eufemismo es la "manifestación suave o decorosa de ideas cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante", una definición bastante *eufemística* porque la "recta y franca expresión" de las cosas no siempre es "dura y malsonante", sino que a veces ocurre lo contrario, esto es, que la pretensión de enmascarar la realidad de las cosas con locuciones que no responden a su justo sentido da como resultado algo que puede que no sea "duro y malsonante", pero sí que atenta contra la dignidad o la inteligencia de las personas, porque en nada se corresponde con el concepto que de la realidad se tiene. Es cierto que en ocasiones es más apropiado –y elegante– evitar determinadas formas de expresión, bien por su dureza, bien por razones de buen gusto, bien por cualquier otro porqué justificado, pero no por ello se ha de renunciar por sistema a expresar las cosas de manera clara, sin rebozo ni lisonja, con juicios y proposiciones diáfanas. La verdad siempre se entiende; los tortuosos senderos dialécticos a los que a veces se recurre para disimularla no siempre son acertados.

Más ajustada parece la definición que da María Moliner: "Expresión con que se sustituye otra que se considera demasiado violenta, grosera, malsonante o proscrita por algún motivo", porque, según veremos, los eufemismos son algo más que una *manifestación suave y decorosa de ideas*.

¿Suponen los eufemismos una corrupción del lenguaje? Cuando el resultado que se persigue es desfigurar la verdad –que es lo habitual–, sí, son una corrupción del lenguaje. La historia está llena de ejemplos y sólo hay que acudir a las hemerotecas. En casos muy contados, por fortuna, esa corrupción llega a tales límites de ruda vileza que denigra a la propia especie humana. Tal vez el más hiriente y perverso sea el de la expresión alemana *Endlösung der Judenfrage*[13] ("Solución final del problema judío"), que no quería decir más que *exterminio del pueblo judío*.

El uso de los eufemismos parece haberse convertido en una especie de deporte lingüístico de moda, en el que las formaciones políticas y sociales

[13] Con este nombre es conocido el plan de la Alemania nazi para llevar a cabo durante la Segunda Guerra Mundial el exterminio sistemático de la población judía de Europa.

han encontrado un terreno abonado para disimular, por ejemplo, fracasos o incumplimientos de promesas, o para disfrazar, de manera tramposa, algo que se planea llevar a cabo pero que, por razones electoralistas o de credibilidad, interesa presentar de manera edulcorada en lugar de hacerlo con las palabras de la verdad. ¿Hay alguna relación de reciprocidad entre el eufemismo y la mentira? Puede que no siempre, pero hay casos de flagrante evidencia.

Las palabras son inocentes, pero su transmutación no siempre se hace con inocencia. Su empleo en uno u otro sentido está lleno de connotaciones. Con la cacareada *corrección política* –un extraño protocolo de cortesía para no tener que llamar a las cosas por su nombre– se alcanza un grado de hipersensibilidad que desdibuja la realidad y la convierte en un huerto de eufemismos que en ocasiones llegan a resultar cómicos. Las palabras hay que asumirlas con naturalidad, sin disfraces, sin miedo. La libertad conquistada después de tantos siglos de lucha está conduciendo, paradójicamente, a una situación en la que las ideas no se pueden expresar del modo que conviene a la verdad. La mentada corrección política ata al ser humano y lo priva de la libertad de decir lo que siente y piensa con las palabras con las que lo siente y lo piensa.

Para Bernardino M. Hernando, citado por Susana Guerrero Salazar y Emilio Alejandro Núñez Cabezas[14], los fines del eufemismo son cuatro:

1. Disfrazar lo feo de bonito o neutro.
2. Disfrazar lo fácil de complicado.
3. Disfrazar la vacuidad de palabrería.
4. Disfrazar lo concreto de vaguedades.

En un artículo publicado en el diario *El País* titulado "No digan recortes, llámenlo amor"[15] , Amanda Mars, la autora, escribe: "Circunloquios, perífrasis, rodeos, ambigüedades, tecnicismos ininteligibles, anglicismos innecesarios... Es viejo como el poder o la seducción. El uso persuasivo del lenguaje forma parte del discurso público desde que éste existe y se mueve en esa delicada frontera entre el maquillaje y la máscara. Pero el uso de los eufemismos se intensifica en tiempos de crisis, esas épocas de malas noticias y su abuso puede rayar en lo cómico o lo grotesco". En el mismo artículo, la autora recoge unas palabras de Antón Costas, catedrático de Economía y Políticas Públicas de la Universidad de Barcelona, quien considera que los eufemismos tienen la función, "que no virtud, de anestesiar", y que a partir de ahí "se puede abusar de ellos de forma cínica, grosera e incluso perversa". Sin embargo, el lenguaje eufemístico "debe tener cuidado

---

[14] Guerrero Salazar S. y Núñez Cabezas, E. A. (2002): *El lenguaje político español*. Madrid: Ediciones Cátedra; Hernando, B. M. (1990): *Lenguaje de la prensa*. Madrid: Eudema.

[15] Mars, A., *El País*, 5 de marzo de 2012.

porque esas palabras pueden adormecer un tiempo, pero cuando el enfermo se despierte y vea lo que ha pasado puede dar un manotazo", añade.

Darío Villanueva, secretario general de la RAE, recuerda que durante el franquismo también se usaban los eufemismos. "Democracia, por ejemplo, –cuenta el académico en el citado artículo– era una palabra tabú, pero con el tiempo se pudo empezar a utilizar y se decía que el régimen era una democracia orgánica; la no orgánica era la mala. Las huelgas eran conflictos laborales y los partidos políticos, asociaciones".

"Cada época –escribe la periodista– tiene sus palabras fetiches, como cuando los albores de esta crisis no eran más que una 'desaceleración' económica", como manifestaban algunos dirigentes políticos. "Y la burbuja inmobiliaria –añade– sólo iba a protagonizar 'un aterrizaje suave de los precios', por usar las palabras de algunos promotores".

Los eufemismos son, pues, las armas con las cuales se libra una batalla para moldear una sociedad en la que cada campo de la actividad humana está siendo invadido por figuras retóricas y hablas burocratizadas en las que lo único que importa es el nombre que se da a las cosas para que parezca que no son lo que en realidad son.

La política y la economía se prestan al uso de eufemismos y siempre con una intención clara: intentar camuflar o edulcorar la realidad, como llamar *cambio de ponderación* a la subida del IVA.

El discurso político suele estar viciado por determinadas alteraciones lingüísticas –empleo de polisílabos extenuantes, extranjerismos, neologismos innecesarios, perífrasis harto rebuscadas, pleonasmos y otras lindezas idiomáticas– que buscan darle un matiz de erudita locuacidad que cuesta trabajo entender. En esa selva de palabras, los eufemismos cobran especial relieve en aquellas exposiciones en las que se busca alterar conscientemente la realidad de los hechos –o las ideologías– y presentarla con denominaciones oportunamente escogidas. El recurso del eufemismo hace que la verdad quede estigmatizada por el uso de significantes de contenido semántico que se prestan a interpretaciones diversas y no siempre ajustadas a la claridad, como convendría al ejercicio de la función pública. En el transcurso de una intervención ante los medios de comunicación, un responsable político dijo que nuestro país abordaría la entrada en el año 2012 con una "tasa de crecimiento negativo" que determinaría el perfil en el que nos adentraríamos, el cual sería "relativamente desacelerado". Como se ve, lo que quiso decir es difícilmente deducible del lenguaje con que fue expresado. Los tecnicismos son unos excelente aliados de los eufemismos, quizás de los más efectivos, porque el oyente, es decir, el ciudadano de a pie, no siempre conoce –ni tiene por qué conocerlo– el significado jergal de la terminología empleada. El mundo financiero está lleno de tales manifestaciones.

A veces es la expresión que se pretende suavizar la que resulta inapropiada, por ejemplo, cuando en los medios se lee o se escucha *inmigrantes irregulares* o *ilegales* en lugar de *indocumentados* o, sencillamente, *sin papeles,* si no se quiere alargar la frase y evitar decir que carecen de permiso de residencia. Así, cuando las autoridades locales de un determinado ayuntamiento deciden que no empadronarán a los "inmigrantes irregulares" o que "[...] así llega al país una silenciosa y cada vez más numerosa ola de inmigrantes chinos ilegales [...]"[16], ¿qué quieren decir estas informaciones?, ¿que dicho ayuntamiento no empadronará a aquellos inmigrantes que presenten irregularidades en su conformación física y que los chinos que llegan a Argentina no reúnen las condiciones pertinentes para ser chinos? ¿Es eso lo que significan esos adjetivos? Obviamente, no, pero eso es en realidad lo que están diciendo. Al margen de que ningún ser humano es ilegal, en ambos casos se trata de un verdadero disparate.

En resumen, los eufemismos, cuando no sirven para limar realmente posibles asperezas de la lengua, son –a nuestro entender– *máscaras lingüísticas* que buscan *vestir* las cosas y los hechos con *ropajes léxicos* pretenciosos y *maquillaje aparente* para que parezcan que son lo que no son. Pero, como reza el dicho, aunque la mona se vista de seda...

En el cuadro 1 hemos recogido una serie de eufemismos empleados en política, en economía, en la guerra, en la empresa e incluso en el habla del día a día.

4. Lenguaje, ideología y racismo

Etimológicamente, *ideología* –del griego ἰδέαλογία– significa "estudio de las ideas". El diccionario de la RAE la define como: "Doctrina filosófica centrada en el estudio del origen de las ideas. Conjunto de ideas fundamentales que caracteriza el pensamiento de una persona, colectividad o época, de un movimiento cultural, religioso o político, etc.".

La acepción que nos interesa es la segunda, porque la ideología a la que vamos a referirnos aquí es precisamente eso: el conjunto de ideas que los grupos humanos tienen acerca de la sociedad, la cultura, la política, los derechos, la ciencia, la moral, la religión, la economía, la libertad, etc. Algunos querrán que nada cambie, que todo siga igual, que el sistema se conserve tal cual; otros buscarán la transformación; algunos pretenderán restaurar viejos sistemas; unos y otros intentarán vertebrar el sistema y transformarlo en algo que responda a intereses precisos, ya sean éstos sociales, religiosos, políticos o culturales.

---

[16] *Diario La Nación*, Buenos Aires (Argentina).

Cuadro 1 – Eufemismos empleados

Donde dice...	Quiere decir...
Acción armada	Atentado
Activos adjudicados	Inmuebles embargados
Actuación proporcionada	Brutalidad policial
Acumulación de desequilibrios económicos	Crisis
Ajuste	Recorte
Alopécico	Calvo
Armas de destrucción masiva	Armas químicas y biológicas
Armas de exterminio masivo	Armas químicas y biológicas
Asistenta, empleada del hogar	Criada
Ataque militar masivo	Guerra
Ataque preventivo	Ataque sin declaración de guerra
Cambio de la ponderación de los impuestos	Subida de impuestos
Cambio de modelo de crecimiento económico	Crisis
Centro penitenciario	Cárcel
Cese de actividad	Cierre
Cese temporal de la convivencia	Separación matrimonial
Concurso de acreedores	Suspensión de pagos
Conflicto bélico	Guerra encubierta, guerra no declarada
Conflicto laboral	Huelga
Contencioso	Conflicto
Contracción económica	Crisis
Cuidadora de niños	Niñera
De color, afroamericano	Negro
Debate interno	Discusión interna
Desaceleración abrupta	Crisis
Desaceleración del ciclo económico	Crisis
Desaceleración económica	Crisis
Desvío irregular de fondos	Robo, malversación
Devaluación competitiva de los salarios	Bajada de salarios
Disfunción eréctil	Impotencia
Distintas sensibilidades, pluralidad	Distintas opiniones

Sigue **Cuadro 1 – Eufemismos empleados**

Donde dice...	Quiere decir...
Distorsiones	Problemas
Excedente empresarial	Beneficio empresarial
Exceso de vitalidad	Inquieto, revoltoso, hiperactivo
Expediente de regulación de empleo	Despido colectivo
Expresar dudas	Desacuerdo
Faltar a la verdad	Mentir
Fisura	Disensión, división
Flexibilidad de plantilla	Despidos
Flexibilidad laboral	Despidos
Fuego amigo	Disparos de las propias tropas
Hecho diferencial	Diferencia
Incentivar la tributación de rentas no declaradas	Amnistía fiscal
Incremento negativo	Pérdidas
Inmigrante ilegal	Inmigrante sin papeles
Inmigrante irregular	Inmigrante sin papeles
Inseguridad ciudadana	Criminalidad
Interno	Preso
Interrupción del embarazo	Aborto
Intervención militar	Guerra
Introducir un tique moderador	Imponer el copago
Liberalizar	Privatizar
Limpieza étnica	Genocidio
Lucha armada	Terrorismo
Medida de consolidación fiscal	Recorte
Modificar la imposición al consumo	Subir el IVA
Neutralizar	Matar
Nuevo escenario económico	Crisis
País en vías de desarrollo	País subdesarrollado
Pasar a mejor vida	Morir
Plan de saneamiento	Intervención
Privación de libertad	Cárcel

Sigue **Cuadro 1 – Eufemismos empleados**

Donde dice...	Quiere decir...
Reajuste de precios	Subida de precios
Recargo temporal de solidaridad	Subida de impuestos
Redefinir, redimensionar	Reformar, reestructurar
Reducción del crecimiento económico	Crisis
Reforma	Recortes
Reforma laboral	Recortes
Regulación de plantilla	Despidos, reducción de plantilla
Reordenar el Estado autonómico	Quitar competencias a las comunidades autónomas
Residuos sólidos urbanos	Basura
Restricción severa de la liquidez del país	Crisis
Retos empresariales	Problemas empresariales
Sacrificios	Recortes
Servicio de inteligencia	Espionaje
Sobrepeso, obesidad	Gordura
Solución bélica	Guerra
Solución de fuerza	Guerra
Solución militar	Guerra
Solución habitacional	Minipiso
Tasa temporal de solidaridad	Recorte
Teatro de operaciones	Campo de batalla
Técnicas avanzadas de interrogatorio	Tortura
Tema, cuestión	Problema
Tique moderador sanitario	Copago
Tercera edad	Ancianos
Trabajadora sexual	Prostituta
Tráfico de influencias	Soborno, corrupción
Ventas especiales	Rebajas
Violencia en el ámbito familiar	Violencia machista
Zona de exclusión aérea	Zona sin tráfico aéreo

Las ideologías buscan influir en las personas en tanto que sujetos de acción de las sociedades y a ellas intentan hacer llegar sus convicciones, sus creencias, sus opiniones, manifestadas por medio del lenguaje, es decir, de las palabras.

En la política, *ideología* no significa oponerse sistemáticamente a lo que hace o dice el rival, sino adecuar los principios elementales del juego político a la concepción que cada grupo tiene del Estado. La crítica política acre desvirtúa el concepto de ideología como sistema de ideas y creencias que configuran la acción pública, acción que no debe caer en el dogmatismo ni en conceptos nihilistas abocados a la cerrazón y el sinsentido.

Cuando se confunde la ideología con una concepción equivocada del sentido político de la gobernanza es fácil que ideas que fueron buenas acaben siendo mal usadas en la lucha por el poder. El sentido ideológico, cuando se trata de dirigir los rumbos del país, debe dejar de lado las discrepancias y las banderías y buscar los elementos que permitan la concordia entre gobernantes y gobernados. El uso político de la ideología no debe estar reñido con saber aceptar lo bueno del adversario y hacerlo propio en beneficio de la sociedad.

Todos los vocablos que tienen que ver con acciones humanas poseen valoraciones intrínsecas, connotaciones, conllevan, además de su significado específico, otro de tipo expresivo o apelativo. Esos vocablos deben ser usados como palabras normales, como denotaciones, con significaciones objetivas. Cuando huimos de las palabras *normales*, porque entendemos que son peyorativas y recurrimos a los eufemismos, estamos traicionando a los destinatarios del idioma.

Las palabras no sólo nominan cosas *que están ahí*, sino que obtienen su significado a partir de su incorporación a una estructura global del lenguaje y de su contexto no lingüístico. La forma en que llegamos a comprender su mundo está sujeta a la mediación del lenguaje. Por sí solas no tienen ningún significado intrínseco, pero adquieren significado y contenido por su situación dentro de una ideología. Con el lenguaje aprendemos la primera forma de dividir nuestro universo en categorías. Las palabras denominan las cosas, pero también hacen que las agrupemos de una determinada manera en nuestro pensamiento.

El lenguaje es utilizado en la vida cotidiana. Sus múltiples usos se entretejen con el poder para alimentarlo, sostenerlo y proporcionarle medios dialécticos para que pueda ser ejercido. El predio privilegiado de la ideología es el lenguaje, pues es en éste donde ejerce directamente su función. Con su concurso, las relaciones de poder que sirven a los intereses de unos a expensas de los demás pueden ser ocultadas, negadas, enmascaradas o bloqueadas de varias maneras mediante el lenguaje.

Todo grupo que quiera distinguirse como tal emplea un lenguaje especial, con unos términos determinados. En esta utilización se refleja una de sus esenciales señas de identidad. El uso de un lenguaje propio es tal vez uno de los principales factores de cohesión de todo grupo humano. El lenguaje refleja, así, el sistema de pensamiento colectivo y con él se transmite una gran parte de la forma de pensar, sentir y actuar de cada sociedad.

Cada medio de comunicación sigue una línea editorial que está estrechamente ligada a la ideología que sustenta. Esta ideología se manifiesta, fundamentalmente, en el lenguaje utilizado en los editoriales del diario. ¿Qué significa esto? Sencillamente que más que objetivismo, la verdad con que funcionan los medios de comunicación responde a un criterio relativista de esa verdad y que unas mismas verdades, que objetivamente podrían tener un determinado valor, son presentadas acordes con los criterios de cada uno.

Las verdades se pueden *crear*, al menos así lo entendió el nacionalsocialismo alemán, que se apropió de una lengua y la modificó hasta convertirla en instrumento de difusión de su ideología y en la lengua en la que la mayoría de sus expresiones se convirtieron en testimonio de la ideología nazi. De ese modo, una doctrina tan repugnante pudo *crear* verdades, *sus* verdades.

El nacionalsocialismo creó un lenguaje que acabó impregnándolo todo y terminó convirtiéndose casi en la lengua sin más de una comunidad. El nazismo logró transformar el lenguaje de manera tal que quedó revestido de unas propiedades que se mostraron terriblemente efectivas a la hora de suscitar en la mayoría de sus usuarios un estado de ánimo propicio para el cumplimiento de su programa político. Su éxito como ideología se debió en gran parte a su éxito en la creación y manipulación del lenguaje. Aparecieron tantas novedades y variaciones lingüísticas y lexicológicas, introducidas por la potente maquinaria propagandística, que se puede hablar de un lenguaje propio de este partido.

Desde la llegada al poder de los nazis, ese lenguaje de grupo pasó a ser el lenguaje del pueblo; es decir, se adueñó de todos los ámbitos públicos y privados, de la política, de la jurisprudencia, de la economía, del arte, de la ciencia, de la educación, del deporte, de la familia... Absolutamente de todo. De este modo, mediante la apropiación del lenguaje, la abominable y vitanda ideología del Tercer Reich se encarnó en el pueblo alemán.

Veamos el uso que se les da a un par de adjetivos que también están impregnados de escondidos intereses no siempre confesables: *integrista* y *ortodoxo*. Casi todas las noticias en las que aparece la palabra *ortodoxo*, con la excepción de las informaciones referidas a los cristianos rusos, griegos y rumanos, se refieren a hechos acaecidos en Israel. Y si buscamos las que inclu-

yen el término *integrista,* comprobaremos que todas, sin excepción, se refieren a Argelia, Marruecos o a algún otro país del mundo islámico.

Con una lectura de las noticias en las que aparecen esos adjetivos podremos comprobar que se están usando como sinónimos, con el significado de "partidario o seguidor de la tendencia al mantenimiento estricto de la tradición y de la oposición a toda evolución o apertura"; es decir, el significado que corresponde a una de ellas: *integrista*. En español, *ortodoxo*, además de lo referido a los cristianos de Grecia, Rusia y Rumanía, significa "conforme a los principios de una doctrina, de una ideología o de una determinada forma de pensar". A juzgar por los significados que recoge la norma culta difícilmente pueden actuar como términos sinónimos.

Pero a pesar de tratarse de dos adjetivos con dos significados diferentes, en las noticias se están usando como si tuviesen una misma significación y su aplicación depende del sujeto al que califiquen: si se trata de individuos de religión judía, se les llama *ortodoxos* y alguna que otra vez, *integristas*; si se trata de individuos de religión islámica, siempre, sin excepción, se les llama *integristas*.

Visto lo anterior, puede colegirse que hay algún interés en diferenciar dos actitudes radicales idénticas al calificar a una como "conforme a los principios de una doctrina", cosa que discutirían muchos judíos no violentos, y a la otra de "opuesta a toda evolución o apertura". Parece claro que en el uso de estos calificativos como elementos sinónimos hay una manifiesta carga ideológica y tendenciosa.

Si lo que queremos es evitar actitudes racistas y lo que pretendemos es que el lenguaje periodístico sea imparcial, será mucho mejor emplear sólo el adjetivo *integristas*, tanto para los judíos como para los musulmanes seguidores de tendencias radicales y a veces violentas.

Cercano a estos dos adjetivos aparece otro, *islamista*. Su uso en lugar de *musulmanes integristas* o *musulmanes extremistas* debería evitarse ya que se trata de un empleo neológico procedente del francés, pero la realidad es que muchos hispanohablantes ya entienden por *islamista* al integrista musulmán. Así lo recoge la Real Academia Española en su diccionario: "Perteneciente o relativo al integrismo musulmán. Partidario de dicho movimiento".

Aunque son preferibles las formas *musulmán integrista* y *musulmán extremista* antes que *islamista,* eso no significa que el uso de *islamista* con esos significados pueda considerarse hoy en día como incorrecto, ya que está muy extendido y además está recogido en el diccionario de la RAE.

La utilización de ese adjetivo con ese significado se justifica en expresiones como *terrorismo islamista*, puesto que se trata de acciones terroristas perpetradas por integristas musulmanes. Pero es desaconsejable e incorrec-

to que los medios de comunicación digan o escriban *terrorismo islamista* en lugar de *terrorismo islámico*, porque esta última forma se referiría a un tipo de terrorismo surgido directamente del islam (decimos filosofía *islámica*, arquitectura *islámica*...) y nada más lejos de la realidad, pues el islam es una religión que predica la paz, luego no puede haber terrorismo *islámico*, ya que ambos términos se contradicen. Así, será fácil identificar la ideología antiislámica en aquellos medios de comunicación que se empeñan en seguir hablando de "terrorismo islamista".

Otro término con una gran carga ideológica es la palabra *género* empleada en lugar de *sexo*. Su carga es tan potente que algunos la consideran una amenaza para los valores establecidos, como el obispo auxiliar de Lima, monseñor Óscar Alzamora Revoredo, que en un artículo titulado "La ideología de género: sus peligros y alcances", avisa a sus feligreses sobre lo que, según él, implica la difusión del uso de esa palabra, que no es otro que la afirmación de que no existen el hombre natural ni la mujer natural y que no hay una conducta exclusiva de un solo sexo. Esto quiere decir que no hay una esencia femenina o masculina y que tampoco existe una forma natural de sexualidad humana. Según el obispo peruano, los difusores de esta ideología pretenden convencernos de que si alguien nace como hombre o mujer, aprendió a comportarse como tal porque así se lo enseñaron, pero no porque esa conducta pertenezca a su biología de hombre o mujer.

Hay otra forma, mucho más sutil, aunque puede llegar a ser llamativa, de mostrar la ideología al escribir una noticia: la ortografía, en concreto el uso de las mayúsculas, de esas mayúsculas que los manuales de ortografía llaman "mayúsculas de respeto" y que también se conocen como "mayúsculas subjetivas" o "mayúsculas de genuflexión".

La ideología de un monárquico se dejará ver de inmediato porque escribirá siempre con mayúscula las palabras *reyes, rey, reina, príncipe, infanta,* etc., términos que son nombres comunes, sustantivos comunes, y que como tales sólo deberían escribirse con minúscula inicial. Del mismo modo, un católico practicante y creyente escribirá siempre con mayúscula la palabra *papa*, sin tener en cuenta que se trata del nombre de un cargo y como tal es un sustantivo común.

Además de las mayúsculas, hay otro recurso ortográfico que se usa constantemente para darle al discurso ciertas marcas ideológicas: las comillas, utilizadas siempre con cierto matiz irónico.

La tipografía también es un elemento bastante eficaz para darle a la información un valor distintivo: las negritas que resaltan palabras o párrafos enteros, el tamaño de la letra empleada e incluso las distintas familias tipográficas de los caracteres. Un ejemplo manifiesto de que las marcas tipográficas pueden convertirse en ideológicas lo encontramos en el caso de

la propaganda nazi, que empleaba siempre un determinado tipo de letra que reflejaba a primera vista la ideología que se intentaba propagar.

Los expertos en márquetin recurren a estas técnicas para crear una identidad en el producto que anuncian y conseguir que el mensaje que transmiten tenga una seña propia que lo distinga de otros similares. ¿Ideología mercantil?

Las concentraciones que tuvieron lugar el pasado 13 de mayo en toda España para conmemorar el primer aniversario del movimiento 15M les sirvieron a algunos medios de comunicación para mostrar sin recatos artificiosos su línea editorial, es decir, su ideología. Tal vez fue el diario *La Razón* el que más abiertamente se pronunció en contra del citado movimiento ciudadano. En su número del día 13 de mayo, el periódico le dedicaba la portada prácticamente entera, el editorial y once páginas de un especial titulado "15-Mentiras". Todo un despliegue informativo digno de un acontecimiento histórico y de relieve internacional[17].

El editorial muestra su rechazo a un movimiento que considera que actúa movido por intereses contrarios al Partido Popular. Así, dice: "Mientras su ejemplo se esparcía como la pólvora por el mundo, los 'indignados' madrileños caían devorados por una izquierda que demostró sus galones políticos para 'reconducir el proceso' y convertir lo que fue una iniciativa al margen de los partidos en un ariete contra el Partido Popular".

En "Un camino a la deriva", una doble página que firma Alfonso Merlos, se desarrollan quince puntos que empiezan con la expresión "Es mentira". Veamos alguno: "Es mentira que se esfuercen en proteger las raíces de la democracia. Las arrancan de cuajo y sin contemplaciones siempre que violan las leyes y disposiciones de las autoridades"; "Es mentira que quieran más democracia y que la soberanía resida en el pueblo. Propugnan, simplemente, la ruptura hacia un modelo mixto de perfiles socialistas, comunistas y anarquistas"; "Es mentira que sean pacifistas"; "Es mentira que sean solidarios", etc., etc. Así hasta quince "Es mentira".

Éste es un ejemplo de los varios que podrían mostrarse sobre cómo los medios de comunicación afines a una determinada ideología pueden sacar su "artillería pesada" para combatir lo que consideran contrario a sus principios, sin temor a caer en la desinformación.

Por otra parte, el lenguaje ideologizado no es privativo de la acción política, sino que podemos encontrarlo en cualquier faceta de la actividad humana. En unos casos, no reviste mayor importancia; en otros, es profundamente lesivo para la dignidad de las personas. Es el caso del lenguaje racista, de ese modo particular de hablar característico de quienes tienden

[17] *La Razón*, Madrid, 13 de mayo de 2012.

a despreciar y rechazar a los individuos de sociedades y culturas distintas a las suyas.

Políticos, periodistas y ciudadanos de a pie asumen la obligación de ser neutrales y objetivos y para ello esquivan los adjetivos y los adverbios comprometidos con objeto de usar un lenguaje que no pueda parecer racista, algo que no siempre se consigue.

Veamos un ejemplo en el que lo que se pretende es usar un lenguaje menos racista: *afroamericano*.

La palabra en cuestión no está mal formada, puesto que sirve para explicar la procedencia de esas personas y tiene la misma forma que *hispanoamericanos*. Pero el hecho de que no esté mal formada no tiene nada que ver con la conveniencia ni la necesidad de su introducción como sustituta de *negro*, voz que por sí sola ya denota la procedencia de esa comunidad, ya que todos los negros de América proceden de África.

Quizá cabe preguntarse si quienes se inclinan por *afroamericanos* se refieren sólo a los negros de los Estados Unidos para diferenciarlos de los de Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y otros países de la zona. De ser así, se trata de un intento fallido puesto que América no es sólo el país que hay entre Canadá y México, sino todos los que se extienden desde la Patagonia hasta Alaska, en muchos de los cuales parte de la población es de raza negra, cómo no, procedente de África, y son, pues, también *afroamericanos*.

El elemento compositivo *afro-* se usa en Cuba para referirse a un tipo determinado de música (*afrocubana*), en la que perviven los ritmos africanos como en la de otros países antillanos y Brasil. También aparece en *afronegro*, voz empleada para referirse a los rasgos, hábitos y costumbres africanos que perviven en las colectividades hispánicas de América, y en *afronegrismo*, que es como se llama en lingüística a las palabras tomadas de las lenguas de los negros africanos y a la actitud de defensa y recuperación de elementos afronegros en los países hispánicos de América.

No es necesario buscar eufemismos para referirse a los negros, no hay nada malo en ello. Es mejor evitar esa forma poco clara (en todo caso habría que hablar de *afroestadounidenses*) y nada necesaria y seguir hablando de *blancos, negros, amarillos* e *indios*, sin falsos pudores y sin miedo de utilizar un término que sólo es peyorativo si se usa como tal.

En la vida diaria –y los medios informativos son una parte de ella– es frecuente encontrar frases y giros propios de nuestra lengua que reflejan actitudes racistas y que, si bien es muy difícil erradicar de la lengua coloquial, sí es necesario evitar su aparición en los medios de comunicación. He aquí algunos casos: "Le hizo una *judiada*", "Tiene unos *negros* que le hacen el trabajo", "Ha trabajado como un *negro*", "Esto no se lo salta un *gitano*", "Es un

trabajo de *chinos*", "Fue una merienda de *negros*", "Me han engañado como a un *chino*", "Deja de hacer el *indio*".

No sólo el lenguaje coloquial está impregnado de expresiones racistas. También la manera de denominar a determinados grupos humanos implica a menudo conceptos racistas y xenófobos, por ejemplo, cuando nos referimos a personas latinoamericanas con el adjetivo *sudaca*.

La Real Academia Española es una especie de notario del lenguaje cuya misión es registrar en un diccionario las voces que componen el patrimonio lingüístico del idioma español. Ese registro, el DRAE, tiene, qué duda cabe, multitud de errores que nunca fueron corregidos y que deja mucho que desear como diccionario preciso en determinadas materias, pero también uno de los grandes valores que posee es la gran cantidad de términos anticuados y en desuso que incluye y que son el reflejo del proceso evolutivo de nuestra lengua y parte sustancial de su historia. Se plantea aquí una vieja cuestión. ¿Deben eliminarse del diccionario los términos y las definiciones que puedan tener cierta connotación racista o de otra índole que puedan resultar lesivas para la dignidad de las personas? ¿Suprimiendo la acepción se suprime el antisemitismo, el racismo, el sexismo o el integrismo, sea del culto que sea? ¿Se deben eliminar sin más los términos y expresiones considerados ofensivos y empobrecer así el diccionario normativo al podar de sus ramas ciertas entradas? ¿Deberían desaparecer e ir a parar a otro que podríamos llamar *Diccionario de palabras muertas*? ¿O bastaría con añadir una marca que señale claramente que se trata de palabras y expresiones en desuso y cuyo empleo en el habla actual resulta peyorativo?

No se le puede exigir a la RAE que se convierta en censora del lenguaje y, mucho menos, que elimine sin contemplaciones –por la falsa creencia de que así se espantarán los demonios de las actitudes vejatorias, despectivas y humillantes– palabras, giros y significados que son testimonio del devenir de nuestra lengua. Si eso ocurre, si se extirpan esas voces, muchas de las cuales llevan más de quinientos años formando parte de nuestro idioma, caerán en el olvido y, con ellas, las ideas que encarnan.

5. De la intolerancia al insulto, el sexismo y el lenguaje basura

El escritor británico Gilbert Keith Chesterton decía que la intolerancia se podía definir como la indignación de quienes no tienen opiniones. Antonio Machado, por su parte, consideraba que es propio de cabezas medianas embestir contra todo aquello que no les cabe en la cabeza. Uno y otro tenían razón.

Según el diccionario académico, *intolerancia* –del latín *intolerantĭa* ("insolencia")– es la falta de tolerancia, esto es, la falta de respeto a las ideas,

creencias o prácticas de los demás cuando son diferentes o contrarias a las propias.

Se supone que en una sociedad democrática debe prevalecer el pluralismo como un valor destacado, un valor que implica la facultad de aceptar las diferencias de culturas, creencias, costumbres e ideas de aquellos con quienes convivimos sin exigir ninguna renuncia a sus principios. Los derechos fundamentales de cada cual deben ser respetados para que la convivencia democrática discurra por cauces de tolerancia. No obstante, esto no siempre es así y la intolerancia se ha instalado en la sociedad y las actitudes irrespetuosas e insultantes hacia las opiniones de los demás están a la orden del día. Estas actitudes se extienden por todos los ámbitos de las relaciones humanas. El sexismo, la homofobia, el racismo, la intolerancia religiosa o la intolerancia política son formas comunes de una práctica que entiende que pensar, ser, creer o actuar de modo distinto equivale a no tener razón y, por tanto, el individuo y sus ideas pueden ser menospreciados e insultados sin la menor consideración al libre juego del pensamiento y al derecho a la coexistencia sobre la mutua destrucción.

No todo el mundo tiene por qué pensar y actuar de igual manera. El llamado *pensamiento único* es una auténtica aberración que pretende imponer un modelo que todos deben aceptar y ante el cual no cabe objeción de conciencia alguna. En la diversidad está la riqueza, pero esa diversidad debe ser respetada y tolerada sin reservas y los medios de comunicación –algunos medios de comunicación– deberían ser especialmente cuidadosos con esto, porque son hacedores de opinión y no deberían actuar como plataforma para intereses que se sirven de ellos para la mentira, la calumnia, el insulto y la descalificación de quienes no están de acuerdo con sus ideas.

La tolerancia es un acto de racionalidad, porque implica un esfuerzo de la voluntad para aceptar al adversario, aunque sus posturas ideológicas o sus creencias estén alejadas. En la política, en nuestra política, se utiliza con demasiada frecuencia el recurso del insulto, la descalificación y la mentira. No importa el método empleado si con ello se consigue desacreditar al contrario. No importa que la verdad se haya convertido en una *rara avis*. No importa si la actitud es claramente intolerante. No importa nada de eso. Lo único que importa en política es ganar. Ésa es, desgraciadamente, la percepción que la mayoría de los ciudadanos tienen de la política y por eso cada vez se alejan más de los políticos, a los que ven como un problema, según se refleja en los sondeos de opinión.

La tolerancia política es esencial para la convivencia democrática, lo que supone que la ciudadanía tiene todo el derecho a expresar su descontento mediante los mecanismos que las leyes le conceden, esto es, con el empleo de instrumentos de presión como las manifestaciones y las huelgas, protestas cívicas que son el testimonio de una oposición crítica con el poder, pero consecuente y constructiva.

Cuando un país pasa por una situación complicada, el lenguaje político *normal* suele convertirse en un lenguaje *viciado*. Actualmente España pasa por uno de esos momentos: un profunda crisis económica y financiera, un altísimo porcentaje de personas en paro, un grado de corrupción como nunca se había conocido que se ha extendido hasta algunos miembros emparentados con la institución monárquica, una reforma laboral que ha cercenado muchos de los logros conseguidos por los trabajadores, bajada de las pensiones, subida de impuestos, grandes recortes en servicios esenciales como la sanidad y la educación, prejubilaciones multimillonarias e inmorales para gestores que han llevado a la ruina y al colapso a bancos y cajas de ahorros, despilfarro en obras faraónicas que no han servido para nada, etc., etc., etc.

Esta situación es un perfecto caldo de cultivo para que el lenguaje se vuelva intolerante por parte de la llamada clase política, en apariencia más interesada en diatribas que a nada conducen que en solventar los graves problemas que aquejan al país.

Los ciudadanos observan con temor el cariz que adquiere la situación y advierten a los gobernantes de que es preciso cambiar el rumbo, que han de gobernar para ellos y no contra ellos. Para ello recurren a los mecanismos que el ordenamiento jurídico les concede: las manifestaciones y las huelgas. Es entonces cuando salen a la palestra las *cabezas medianas* a las que hacía referencia Antonio Machado. Tertulianos, columnistas y políticos se manifiestan, con toda legitimidad, sobre los hechos, pero algunos de ellos se revelan incapaces de imprimir sobriedad y continencia a su discurso y, en un ejercicio de intemperancia, hacen uso del reservorio de la inquina y la maledicencia y dan muestras de una intolerancia que a veces raya en la vejación y el insulto.

La delicada situación por la que atraviesa el país ha dado lugar a muchas manifestaciones y a una huelga general, todo ello en un cortísimo lapso. No es objeto de este análisis entrar en valoraciones acerca de lo acertado o desacertado de las decisiones de este Gobierno ni del anterior, pero sí lo es conceptuar la corrupción que experimenta el lenguaje cuando se pone al servicio de determinados intereses, ya sean estos políticos, sociales, económicos o religiosos.

El 8 de noviembre de 2011, el diario *El País* y otros medios de comunicación publicaban una noticia en la que el entonces alcalde de Madrid, Alberto Ruiz Gallardón, destituía de manera fulminante a un miembro del Ayuntamiento de Madrid y se desvinculaba de las opiniones vertidas por éste en la red social Twitter, en la que, entre otras cosas, aseguraba que Prisa iba "mal, muy mal", lo que provocó un tremendo revuelo. Al parecer no fue esta la única "salida de tono" del coordinador destituido, sino que sus *tuits* solían incluir alguna que otra *lindeza*, como ésta que le dedicó a la entonces ministra de Defensa, Carme Chacón, y que trascribimos tal cual: "Pija de colegio de pago y casi no sabe ni hablar. La salva el despliegue mediático de

su pareja. [...] y tu que quieres para España. Das vergüenza ajena y eso que vas de cuota".

Este menosprecio hacia la ministra de Defensa fue seguido por un escándalo protagonizado por una ex concejala de Palma de Mallorca, que colgó en la red Facebook una imagen manipulada en la que se podían ver los pechos de Carme Chacón durante una visita a Afganistán, con el siguiente comentario: "Lo que tiene que hacer una ministra del PSOE para ganar votos"[18].

La intolerancia se manifiesta de muy diversas formas y no siempre es necesario recurrir al lenguaje insolente ni al exabrupto para caer en la manifestación denigrativa o injuriosa. A veces, el tono moderado es mucho más injurioso que cualquier expresión tosca y salida de tono. El repertorio de manifestaciones que esconden actitudes y expresiones intolerantes es más amplio y variado de lo que sería de desear y en él se incluyen personas de todo tipo y condición: ministros, diputados, alcaldes, miembros de partidos políticos, empresarios, periodistas e incluso algún destacado miembro de la nobleza.

Las manifestaciones que tuvieron lugar contra la reforma laboral, los recortes y otras medidas del Gobierno, la huelga general del 29 de marzo de 2012 y el aniversario del movimiento 15M, han servido de excusa a la prensa más conservadora, a tertulianos, columnistas y a algún que otro político, para descargar todo el fuego sobre los protagonistas de estos acontecimientos. Algunas de esas opiniones, a todas luces injustificadas, han tenido respuesta en forma de querella por parte de las personas afectadas.

La conmemoración del primer aniversario del movimiento 15M también fue motivo de amplia información en todos los medios de comunicación del país. Los más conservadores acusaron a sus miembros de ser radicales, de extrema izquierda, antisistema e incluso de falta de higiene personal. En mayo, un diario conservador dedicó un editorial al fenómeno social de los indignados, en el que decía que el movimiento conmemoró su aniversario demostrando "su decadencia y paupérrimo apoyo" y concluía que "durante estos 12 meses, se ha constatado que los indignados no son más que unos títeres de la ultraizquierda y los antisistema".

Andalucía y el resultado de sus elecciones no iban a ser menos y a quedarse fuera de juego en esta demostración dialéctica llevada a cabo por algunos medios de comunicación. En un artículo publicado en otro diario de ámbito nacional, una periodista vertía su opinión sobre el acuerdo de gobierno entre el PSOE e Izquierda Unida. Escribía la periodista que "para mantener su poltrona, el nuevo presidente de la Junta se ha entregado de plano a Izquierda Unida, guardiana de un programa político más propio del

[18] *Publico.es*, Madrid, 9 de noviembre de 2011.

antiguo Berlín oriental que de la Europa actual". Y añadía más adelante: "Esta especie de frente popular, que recuerda el 'guerracivilismo' de otras épocas, va camino de ser todo un frente impopular".

Está visto, pues, que la función política se presta al desprecio, la falta de estima y la denigración, ya sea por boca de los propios políticos, ya por medio de determinados informadores que se convierten así en voluntarios voceros de las actitudes más conservadoras e intolerantes con quienes no piensan del mismo modo. El rosario de insultos, ofensas, invectivas, críticas acres, desprecios, burlas y otras desconsideradas actitudes que en su momento sacudieron los mentideros patrios y fueron aireados por los medios de comunicación, resulta bastante llamativo y sería prolijo enumerar.

En ocasiones, esas actitudes ofensivas se dirigen contra las mujeres, con un manifiesto y palmario sentido machista, de intolerancia y de prepotencia. También aquí hay ejemplos que dicen muy poco de quienes se pronuncian en ese sentido con el único fin de ofender y menospreciar a las mujeres por el mero hecho de serlo. El diccionario de la RAE define el sexismo como la "discriminación de personas de un sexo por considerarlo inferior al otro". Ese proceder se da en todos los ámbitos de las relaciones humanas y el mundo de la política no es ajeno a ello. El tratamiento discriminatorio en el discurso político viene determinado por el empleo del lenguaje, bien sea por los términos utilizados o por el modo de construir la frase. Es lo que se conoce como *sexismo lingüístico* y en él incurren tanto hombres como mujeres. Pero cuando lo que prima es la intencionalidad con la que se ha cargado la frase o la prepotencia que anida en ella, las cosas cambian, ya no se trata de sexismo lingüístico sino de actitudes sexistas puras y duras, de lenguaje corrompido y viciado por la intención de zaherir.

No son expresiones anecdóticas, ni mucho menos. En ellas hay algo más que comentarios en apariencia ingeniosos. Son expresiones claramente machistas que se han disfrazado con una pátina de ingenio para conseguir que parezcan chistosas cuando en realidad son mordaces.

En política se respira machismo, un machismo feroz e insultante que ataca a las mujeres que se dedican a la política porque para algunos ellas siguen siendo objetos. Delia Blanco, presidenta del Partido Socialista de Madrid y diputada en el Congreso, comentaba: "Si una tiene los labios grandes o pequeños se comenta. Si viste mal es horrible, si viste bien es demasiado. Eso no sucede con los hombres. Esto no son los casinos del siglo XIX, pero siguen hablando de mujeres en lugar de políticas o de personas".

Determinados medios de comunicación tienen buena parte de culpa, porque sus creadores de opinión se esfuerzan por mantener vivo el sexismo con permanentes ataques llenos de misoginia y machismo, poniendo en duda el crédito o estimación de aquellas que, en su legítimo derecho, se dedican a la política y a la función pública.

Los casos no son aislados sino que se repiten desde antiguo. Hace unos años, en 2010, un alcalde llamó "voluminosa" a Elvira Rodríguez, ex ministra de Medio Ambiente por el PP y a la sazón presidenta de la Asamblea de Madrid. Poco después, ese mismo año, otro alcalde se manifestó de manera grosera y maleducada sobre Leire Pajín, ex ministra de Sanidad. Incluso un secretario de Estado dejó ver su lado menos amable con una desafortunada frase de corte machista dirigida a Ana Belén Vázquez, diputada del PP y portavoz de la Comisión Mixta Congreso-Senado para el Plan Nacional contra las Drogas. Ocurrió en noviembre de 2007.

¿Nos encontramos en una época en la que el uso del buen lenguaje y el buen uso del lenguaje, que no es lo mismo, se han devaluado? ¿Se ha perdido el sentido de la cortesía, de la urbanidad, del comedimiento, de la atención y el buen modo? ¿Acaso estas palabras han pasado a ser reliquias de otros tiempos, anacronismos lingüísticos, términos en desuso? ¿Es una cursilería hablar con respeto, ser correcto en el fondo y en la forma? ¿Está mal visto? Nos estamos acostumbrando al insulto y el lenguaje se corrompe.

Un paseo por las distintas cadenas de televisión nos mostrará más de una tertulia y más de uno de esos programas llamados *reality shows* en los que hombres y mujeres se gritan unos a otros, se insultan y se descalifican para intentar anular al contrario. En muchos de esos casos, el grado de formación de los participantes es ciertamente bajo; en otros, es supuestamente alto, por lo que el espectáculo es aún más penoso.

Algunos medios de comunicación, en particular los audiovisuales, se han abonado a esta modalidad de programas porque el espectáculo de los insultos y las descalificaciones genera una importante audiencia que redunda en mayores ingresos publicitarios. Es una forma de prostituir el lenguaje: el medio se lanza al circo del lenguaje basura, del insulto, de los exabruptos, de los gritos y de la mediocridad y cobra por ello en forma de inserciones publicitarias. De la corrupción del lenguaje a su prostitución.

El periodista Juan Cruz, en un artículo titulado "El lenguaje de la basura"[19], escribe que tales medios "están tejiendo la madeja en la que se ha enredado la sociedad del insulto y del taco". En el mismo trabajo, el filósofo Ángel Gabilondo se expresa de este modo: "Es el mundo al revés: el que habla bien, correctamente, no tiene sitio; el más descuidado, el que grita o insulta, tiene una recepción más considerada, como si aquel que cuida su expresión fuera sospechoso de falta de compromiso".

Más adelante, Juan Cruz recoge lo que a ese respecto piensa Humberto López Morales, secretario general de la Asociación de Academias de la Lengua Española y autor, entre otros muchos, del libro *La andadura del español por el mundo*, en el que estudia la evolución social del español. El

[19] Cruz, J., "El lenguaje de la basura", en *El País*, 9 de enero de 2011.

académico considera que en España "se ha degradado la conversación cotidiana y los medios audiovisuales son el origen y el amplificador de esta situación". Y añade: "Palabras tradicionalmente proscritas de la conversación, y sobre todo de la conversación en los medios, ocupan el centro de la mesa y aparecen también por escrito, sin comillitas ni nada". "Lea usted artículos de gente muy relevante –prosigue López Morales– en la prensa española y verá que traspasan todos los límites, hablando de los políticos, por ejemplo. El insulto parece que ha llegado para quedarse, lo que produce un bajón de calidad del discurso público y, por ende, del discurso privado".

En el artículo de Juan Cruz, el cineasta José Luis Cuerda se pregunta cómo es posible que en el mundo de la política unos y otros hagan oficio del insulto y luego tengan que convivir. "Esos políticos –reflexiona Cuerda– que se suben al atril, despotrican y luego bajan y le preguntan al contrincante al que han puesto verde cómo va el hijo de la gripe". ¿Es que acaso el lenguaje que altera y trastoca la forma del discurso, que daña y pudre el buen sentido de las palabras, ha pasado a convertirse en moneda de curso legal hasta el punto de que su cuidado ya no importa o importa poco en algunos grandes medios de comunicación?

Cadenas y tertulias de radio y televisión cobijan y alientan el grito y el exabrupto. No importa lo que se diga, lo que interesa es que, sea lo que sea, se diga a gritos y, si es posible, sazonado con alguna que otra inconveniencia que cree crispación. El trato se degrada y los medios de comunicación son responsables en buena medida de ello. Esos programas basura que lo único que buscan es altos niveles de audiencia están idiotizando a la gente y convirtiendo en vulgar la noble labor de informar que corresponde a los medios de comunicación.

El autor del artículo citado más arriba concluye con unas palabras del filósofo y académico Emilio Lledó: "El lenguaje tiene también su basura y ésta se está incrustando. Del mismo modo que no aceptamos la corrupción, no debemos aceptar tampoco el insulto. Para limitar los daños sólo existen la educación, la escuela, no fomentar el humo del insulto porque el cerebro no se puede lavar como las manos".

En su artículo "Televisión basura", el periodista Ezequiel Martínez Jiménez escribía lo siguiente[20]: "La televisión puede ser una aliada de la educación, de la cultura, de la libertad y puede contribuir a mejorar el nivel de convivencia y respeto entre los ciudadanos. Mal utilizada, puede provocar todo lo contrario. Programas idiotizantes, 'pan y circo'. Los programas basura van llenando espacio en las cadenas locales y nacionales, privadas o públicas. Juicios paralelos, presunción de culpabilidad; mentiras, bajos instintos, coyundas, malos tratos; se escupe sobre la memoria de los muer-

[20] Martínez Jiménez, E., "Televisión basura", en *El País* (Sevilla), 21 de enero de 2004.

tos; lenguaje soez, griterío, calumnias. Morbo y amarillismo. En ese circo mediático, magos, brujas, marcianos, tomboleros y famosetes (una nueva forma de vivir del cuento), ex GH, macarras de la moral, unas y otros se prostituyen sin rubor ante las cámaras, por un minuto de gloria mediática". Aunque han pasado ocho años desde que el periodista escribió esto, la radiografía es perfectamente aplicable, desgraciadamente, al momento actual.

Y no sólo en los periódicos y revistas, en la radio y en la televisión se presenta esta lamentable tendencia, sino también en los medios digitales, donde cada vez más ciudadanos vierten sus opiniones y no tienen ningún reparo –ocultándose muchas veces en seudónimos– en recurrir al insulto más directo, a las descalificaciones y, con mucha frecuencia, a la mentira y la distorsión de la verdad.

Esta utilización del lenguaje con fines no siempre confesables contribuye a crear confusión entre los lectores de estos medios digitales, que acaban por convertirse en fuentes de información de referencia para ciertos grupos que no se detienen a valorar si lo que en ellos se incluye responde realmente a la verdad o se trata de elementos de desinformación.

Decimos y aireamos que somos democráticos, que nuestras aspiraciones son las aspiraciones de la mayoría, que nuestra mejor arma es el diálogo... Decimos todo eso y más, pero con demasiada frecuencia nos negamos a reconocerle al contrario la razón que lo asiste cuando está frente a nosotros con un pensamiento distinto al nuestro y no admitimos la posibilidad de que podamos estar en un error.

Las palabras son sólo palabras, es nuestra intención lo que las corrompe. Dejemos que cumplan su función y nos permitan comunicarnos en la dimensión humana que nos corresponde como los seres dotados de razón que se supone que somos. Hagamos causa común contra la corrupción del lenguaje.

Para ello precisamos no sólo denunciar la actual situación, sino convencer a los responsables de la formación de nuestros jóvenes de que conviene hacer más hincapié en la educación cívica, relacionándola directamente con las clases de lengua en las escuelas y dotando a éstas de más tiempo dedicado a la correcta expresión de las ideas –la oralidad–, de forma que los estudiantes aprendan a no caer en esos usos que, como hemos visto, son tan censurables como cualquier otro tipo de agresión.

La situación que estamos viviendo en España pone de manifiesto que no estamos atravesando simplemente una crisis, sino un verdadero cambio de época. Los impactos del gran cambio tecnológico que significa Internet han modificado ya el funcionamiento del sistema económico, está implicando grandes cambios en la vida de las personas y está generando una profundización de la crisis de legitimidad de las instituciones políticas y representativas de la democracia.

Asistimos a una notable degradación del lenguaje público en nuestro país. El lenguaje de los políticos y de los medios de comunicación se ve cada vez más invadido por el insulto y el exabrupto. El debate de ideas, de contenido, va siendo desplazado por la descalificación personal o el juicio de intenciones. Todo ello constituye un claro debilitamiento de la vida democrática, que exige un uso respetuoso de la palabra.

Sin empresas y sin emprendedores no saldremos de esta crisis. ¿Están preparados para ello nuestras empresas y nuestros empresarios? Analizamos la iniciativa empresarial, las diferencias por sectores económicos, los factores de éxito y fracaso en el emprendimiento, la situación de las PYMES españolas, sus características, sus estrategias de competitividad y sostenibilidad en un contexto necesariamente global o internacionalizado.

Durante décadas la educación ha actuado en nuestro país como el gran ascensor que facilitaba la igualdad de oportunidades y la mejora de los individuos en la escala social. Esa capacidad sigue manifestándose en la actualidad, pero con mucha menor intensidad. La actual crisis iniciada en la segunda mitad de 2008 pone de actualidad el debate en torno a la desigualdad de oportunidades educativas y la continuidad o no de la educación como principal canal abierto de movilidad social.

Los españoles ven con preocupación creciente el futuro del sistema sanitario. La crisis impacta en la sanidad por dos vías: por el aumento de las necesidades y por la reducción de los recursos del Sistema Nacional de Salud. Los recortes estructurales en sanidad ponen en riesgo uno de los pilares básicos de nuestro Estado de bienestar y nos alejan de Europa. Hay alternativas a unas medidas que afectan más a los más débiles y con previsibles altos costes diferidos en salud y gasto sanitario.

Las TIC, con su desarrollo acelerado y omniabarcante gracias a las nuevas redes y dispositivos, están redefiniendo nuestra vida en todos los ámbitos. Avanzamos hacia la sociedad de la hiperconectividad. Las tremendas oportunidades sociales, económicas, educativas y políticas que este contexto tecnológico nos ofrece sólo se realizarán si desde dentro son permanentemente interpeladas respecto a su impacto en la vida de las personas y de la sociedad.

El avance en las infraestructuras de transporte en nuestro país en las últimas décadas ha sido espectacular. Precisamos ahora apostar por modos sostenibles al servicio de las necesidades de los ciudadanos, más integrados y competitivos, con menos costes económicos y ambientales. En las ciudades el paradigma de la velocidad, cuyo objetivo era la fluidez del tráfico, empieza a ser sustituido por un modelo de ciudad vivible, donde la movilidad motorizada pierde su protagonismo.

9 788489 019393